

DE LAS ARMAS Y EL DINERO A LA CULTURA: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA UNIDAD E IDENTIDAD DE EUROPA

FROM WEAPONS AND MONEY TO CULTURE: A REFLECTION ON THE UNITY AND IDENTITY OF EUROPE

LUIS DÍAZ GONZÁLEZ DE VIANA¹

Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas
luis.diaz@cchs.csic.es

Sumario: 1. UN PROYECTO LLAMADO EUROPA: NUEVAS ESPERANZAS Y VIEJAS DECEPCIONES. 2. SOBRE LOS INICIOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA O DE LAS RAZONES PARA PRIMAR EL COMERCIO Y RELEGAR LA DIMENSIÓN CULTURAL. 3. EUROPA, LA DEMOCRACIA Y EL RUMBO ACTUAL DEL MUNDO 4. UTOPIÁS Y DISTOPÍAS: ENTRE DELIRIOS DEL FUTURO Y ESPECTROS DEL AYER. 5. LAS SOMBRAS DEL COLONIALISMO VERSUS EL LEGADO DE UN 'HUMANISMO UNIVERSAL'. 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Resumen: El planteamiento de este artículo es que existe una necesidad cada vez mayor de superar el déficit en los aspectos culturales que la Unión Europea arrastra desde su fundación. Pues según una opinión ya muy extendida en la que abunda el autor no puede existir proyecto europeo sin la consciencia de una cultura europea, entendida esta en sentido antropológico; ni se construirá el único porvenir de auténtico desarrollo al que cabría aspirar sin que Europa continúe siendo el "pensamiento reflexivo del mundo" y dedique sus esfuerzos a los avances científicos que mejoren la vida del planeta.

Palabras clave: Europa; Union Europea; cultura; antropología; identidades

Abstract: The approach of this article is that there is an increasing need to overcome the deficit in the cultural aspects that the European Union has carried with it since its foundation. Well, according to a widely held opinion in which the author abounds, there can be no European project without the awareness of a European culture, understood in an anthropological sense. Nor will the only future of authentic development to which one could aspire be built without Europe continuing to be the "reflective thought of the world" as dedicating its efforts to scientific advances that improve the life of the planet.

Key Words: Europe; European Union; culture; anthropology; identities

¹ Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)
Instituto de Estudios Europeos. Universidad de Valladolid (UVA)

Los recelos suscitados en torno a la creación de una “nueva cartera” de la Comisión Europea con llamativo título encendieron –recientemente– la alarma y la polémica tanto entre ciertos grupos políticos como en algunos medios de comunicación. En realidad, lo que se perseguía era agrupar las competencias ya existentes de inmigración, empleo y seguridad bajo el nombre de “Protección del modo de vida europeo”.

Por lo que la denominación no resultaba muy oportuna –e iba, de hecho, a ser modificada luego, trocándose el término “protección” en “promoción”–: y es que siempre que se utilizan términos como “proteger” o “salvaguardar” cualquier cosa –ya sea material o inmaterial, como el Patrimonio– parece estarse asumiendo que aquello que ha de ser “defendido” se encuentra asediado por amenazas que llegan del exterior.

Pues ¿qué debería ser lo más controvertido en este caso? ¿El intento de proteger algo que se entiende como propio o lo que se protege en sí? Es decir, ese pretendido “estilo o modo de vida europeo” que no puede estar señalándonos otro horizonte que el de lo cultural: el de la cultura europea; el de la identidad de los europeos. ¿O tanto cuesta reconocer y asumir lo que esas dos palabras expresan?

Y, más allá de esto: ¿quién o quiénes se supone que estarían a punto de ponerla en riesgo? Las propias competencias de la vicepresidencia así llamada ya apuntaban hacia el trasfondo y objetivo de tal innovación: los inmigrantes, las supuestas “avalanchas de indocumentados” que, seguramente no por casualidad, proceden de zonas antaño colonizadas desde determinados países de Europa. ¿Habría de entenderse, entonces, que todo lo que ocurre allí es –o no– asunto nuestro?

Porque desde luego que lo será si, confundiendo la responsabilidad con la culpa y acomodándonos en la superficialidad de una autocrítica solo concerniente al pasado, no hacemos nada contra las injusticias del presente.

Ya que el colonialismo del que derivan en gran medida las catástrofes humanitarias que, hoy, observamos –sesgadamente y con algún recelo– por televisión, siempre fue discutible y paradójico. Como los argumentos de izquierdas y derechas para justificarlo, que iban del “sermón civilizador” al “lucro por el lucro”: del canto o loas al credo y civilización occidentales a las razones de mero tipo económico. La idea más extendida entre las “naciones civilizadas” de Europa era, como recuerda Benoist, que los “salvajes” de los pueblos tenidos por primitivos podrían “‘progresar’ a condición de que se les ayude, lo que legitima la colonización” (Benoist 2015: 38).

Pero el “negocio de ultramar” no duró eternamente. Y de ahí que, no tardando mucho, se olvidase el primer discurso y acabara prevaleciendo el del “derecho a la libertad de los pueblos”: o sea, que se impusiera apresuradamente una práctica vergonzante según la cual a los colonizados “hijos de la patria” de ayer se los “liberaba” ahora cuanto antes, quizá porque empezaban ya “a salir demasiado caros”.

Y es que la verdadera responsabilidad de lo sucedido nunca fue de países enteros, sino de las oligarquías que se enriquecieron durante un tiempo a base de esquilmar la riqueza de los territorios anexionados hasta que, terminado el periodo de “vacas gordas”, aquellas abandonarían la escena, dejando –luego– que fueran sus naciones las que se hicieran cargo de las guerras subsiguientes o de pagar los costos de la liberación.

Un pensamiento de izquierdas ya superado tendió a identificar “pueblos colonizados” con “proletariado del mundo” y a creer que aquellos abrazarían su causa. Pero el pretexto

emancipador ha sido cambiado, después, sin demasiados escrúpulos (y como en un juego de manos) por el dogma de una nueva biblia economicista, la que anunciaba la parusía – e implantación– del capitalismo a escala mundial.

De forma que buena parte de los líderes izquierdistas de Europa han renunciado al discurso liberador y revolucionario como único modelo con que ayudar a las regiones otrora dominadas por sus países respectivos.

De igual modo que derecha e izquierda suelen sustraerse, con disculpas y huecas declaraciones, a la obligación de los gobiernos europeos –que no de las ONG– de acometer y responsabilizarse plenamente de lo que está pasando. Pues, por otro lado, las fronteras europeas no pueden dejar de ser aseguradas de alguna manera para que Europa siga siendo Europa.

Ya que, en materias como esta, se revela la dimensión insostenible de la carencia de una política y un gobierno europeos de verdad comunes para tomar las principales decisiones. Porque la imagen de Europa no puede reducirse a un pomposo Mario Draghi o a su hierática sucesora –al mando del Banco Central Europeo– contándonos, como un oráculo lejano, si suben o bajan los tipos de interés de nuestro dinero.

1. UN PROYECTO LLAMADO EUROPA: NUEVAS ESPERANZAS Y VIEJAS DECEPCIONES

No se ha profundizado lo bastante –e incluso puede decirse que últimamente casi ni se suele hablar de ello– en las causas de fondo que provocaron el “fracaso”, bloqueo o limbo donde quedaron la proyectada Constitución Europea y las esperanzas depositadas en ella. Todo el proyecto de la UE, que consistía en atisbar –más allá de las naciones históricamente conocidas– un futuro nuevo y postnacional para el continente, si no del todo “supranacional”, se vio entonces atascado, impidiendo otros avances que no se limitaran al hecho de compartir un espacio de mercado o financiero. Parece evidente que aquel fiasco, que –por distintos motivos– acaeció al comienzo del presente siglo, no fue en absoluto ajeno a las presiones, tanto de carácter religioso como de reivindicación nacionalista, que se dejaron sentir sobre la Constitución. Y es que una y otra cosa habrían de pesar como losas insoportables que lastrarán el despegue real hacia el territorio soñado de una Europa en verdad unida.

Y tiene que decirse que, para salir de tal *impasse*, los aspectos antropológicos de lo cultural deberían haber sido más y mejor tratados, ya que las planificaciones de la UE siguen teniendo un cierto déficit en el abordaje de las culturas populares (locales y cotidianas), respecto a la predominancia de los discursos de las culturas hegemónicas: un desequilibrio que, de ser reparado, habría de redundar en una cierta superación de los discursos nacionalistas de las élites, frecuentemente basados en el recelo y la diferencia, cuando no en el fomento de los fanatismos religiosos, ideológicos y políticos, así como en cierto retorcimiento de la historia. O, al menos, de las maneras de contar el pasado.

Mucho de esto hay aún en lo que estamos viviendo ahora. De no haber ocurrido lo que pasó, se vería más claramente el espejismo que subyace en la conversión de las regiones en pequeños estados nacionales. Pues la solución no estará –más que probablemente– en dividir Europa en esas nuevas y minúsculas naciones, sino en que las regiones puedan tener ahí encaje y ser parte de ella con sus singularidades de todo tipo, de modo que no

tengan que pasar por estados ni convertirse en tales. Vuélvase a hablar, pues, de aquel modelo algo “aparcado” de una “Europa de las regiones” con base en el sustrato común de culturas locales y comarcales, y no en la historia diferencial fraguada por determinadas élites para separar a las naciones y poner a las gentes que viven en ellas unas contra otras.

Como vemos, también aquí nos encontraríamos con el problema de definir qué es o debería ser Europa, para poder pasar desde ahí a hablar de sus posibles orígenes. Es decir, Europa como idea e ideal, y –algo más prosaicamente– cultura o culturas previas a las actuales naciones que la componen, o Europa como resultante de la alianza y conjunto de esas mismas naciones. La prevención ante los nacionalismos en general por parte de quienes desconfiamos de ellos viene determinada –principalmente– por no más de tres aspectos muy relacionados entre sí.

En primer lugar, porque toda definición esquemática de lo que se es y no son los otros, basada por completo en el esquemático código de una bandera, resulta una forma altamente arriesgada –si no peligrosa– de cifrar significados. En segundo lugar, porque ese reduccionismo de la identidad cultural o lingüística a un símbolo tan arbitrario como discutible encierra una gran falacia analgésica: deberían dejar de importar –en razón de esto– otras diferencias no menos importantes que las de haber nacido a un lado u otro de una frontera como son la clase, la situación económica, el género, la edad, etcétera. En definitiva, todas las circunstancias que –con frecuencia– propician la explotación de los más débiles por los más poderosos.

Por último, ambos rasgos terminan también aunándose demasiado a menudo en el convencimiento colectivo de que las regiones o partes del mundo que son ricas lo son porque lo merecen y no deben nada a las demás ni menos aún a las limítrofes; creencia extendidísima –por otro lado– entre todos los potentados del mundo, se trate de continentes, países, regiones, comarcas o individuos.

Al final, nos encontramos con la perniciosa convicción que cualquier nacionalismo a ultranza lleva al extremo: somos “lo mismo”, es decir, “idénticos” en compartir la esencia de un pueblo-nación, y por nacer en un lugar concreto o agruparnos tras unos colores específicos, mientras que todos los demás que quedan fuera de estas marcas serían irremisiblemente “distintos” y –por supuesto– mucho peores que nosotros; además, claro está, de ser siempre potenciales enemigos.

En suma, si bien los nacionalismos –hoy por hoy– no parece que vayan a superarse; ni parece que vaya a lograrse a corto plazo –por ejemplo en el caso de Europa– que una coalición entre los estados socios genere una verdadera unidad supranacional, tal objetivo no deja seguramente de aparecer como la opción más deseable. Y, sin lugar a duda, la menos retrógrada y más progresista en el mundo actual.

Pero no es nada nuevo comprobar que quienes se hallan –o quieren asegurarse estar– en el ejercicio del poder recurren habitualmente a un método que la historia ha demostrado como casi infalible: dejar que las cosas empeoren hasta que la gente se sienta atemorizada y entonces puedan ellos presentarse como sus salvadores.

2. SOBRE LOS INICIOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA O DE LAS RAZONES PARA PRIMAR EL COMERCIO Y RELEGAR LA DIMENSIÓN CULTURAL

Hubiera motivos o no para asignarle su autoría, parece que la siguiente frase –apócrifamente atribuida a Jean Monnet por unos y otros– muy bien podría haber sido asumida por él en su calidad de padre o ideólogo de la Unión Europea: “Si tuviéramos que comenzar ahora la construcción de Europa la iniciaríamos por la cultura”. Pues sí que pasa por cierta otra declaración de Jean Monnet en que se cifraría la verdadera pretensión del sueño europeo de los fundadores: “Nosotros no coaligamos estados, unimos a las personas”. Sin embargo, ni siquiera los estados se han unido o religado más allá de loables acuerdos o tratados de cooperación, porque quienes –sobre todo– lo han hecho han sido el mercado, la economía y las finanzas. Sólo éstos, así como las políticas, normativas y directrices en estrecha relación (si no servidumbre) con ellos parecen haberse tornado efectivamente comunitarios –y no siempre para el bien de los ciudadanos–. Cuando Jean Monnet contraponía los logros del proyecto federal norteamericano de nación a las dificultades que aún tenía el europeo, no parecía ser consciente del déficit cultural de la construcción de la UE, no tanto dividida por sus “tradiciones, lenguas o formas de vida” como “por las rivalidades nacionales y sus intentos de dominación” también señaladas por él (Monnet 2008:135).

Más que probable error de diagnóstico, ése de entender las tradiciones culturales “menores” principalmente en cuanto a fuente de conflicto, que aún venimos padeciendo como europeos. La urgencia de una unión cultural iba quedando sistemáticamente relegada y cuando, finalmente, se la incorporó al panorama de la integración de nuestras naciones fue, como vamos a ver, casi siempre arrastrando ciertos condicionamientos y tópicos que explicarían ese déficit inicial de la cultura en el plan general de construcción de la UE. Porque las aproximaciones a las planificaciones culturales vendrían lastradas por una actitud más bien temerosa en la mirada “hacia dentro” y una sensación algo vergonzante en la proyección “hacia fuera”. Temor por despertar viejos conflictos al mirar y reconocer las comunidades que, con sus lenguas y culturas diversas, componen no sólo Europa sino los propios países que integran la Unión; vergüenza por levantar fuera del ámbito europeo las suspicacias y recelos de todo tipo que dejó en tantas remotas latitudes la expansión colonialista.

Todo ello ha provocado que cuando, tardíamente ya, se establecieran programas europeos sobre la cultura éstos rehuyeran la búsqueda de sustratos comunes y se copiaran modelos como el francés, bien asentados en una visión hegemónicamente elitista de lo cultural –la de la “cultura de los cultos”– y en su posterior reconversión en industria: redes de museos, de archivos, declaraciones y premios que supusieran la consagración de artistas o entornos y ciudades monumentales estarían en el repertorio de los objetivos prioritarios de tales programaciones. Una idea de cultura, pues, muy ligada a lo que Gramsci denominó *cultura hegemónica* y que no admite ni incorpora en su dimensión de cultura nacional diversidades culturales ni lingüísticas que choquen con las “concepciones del mundo oficiales” (Gramsci 1970:488). No obstante, y algo paradójicamente, cuando los programas culturales intenten trocar los obsoletos planes de “ayuda al desarrollo” en los países del tercer mundo por una terminología más actual se recurrirá a la supuesta panacea

o amuleto comprendidos bajo la etiqueta de la “diversidad cultural”, para conjurar posibles críticas postcoloniales. O para disimular, así, la arrogancia con que desde hace siglos las oligarquías europeas tratarían tanto a sus “salvajes de dentro” –los campesinos–, como a sus “salvajes de fuera” –los nativos de las colonias–.

Uno y otro complejo se vieron largamente traducidos y plasmados en una actitud timorata hacia la posible construcción europea sobre sus identidades diversas –dentro de una identidad común–, o en el sentimiento de culpa ante unas políticas que, en efecto, fueron muchas veces auténticas estrategias expoliadoras por debajo del afán civilizatorio con que se presentaban. Y ambos síndromes deben ser superados, ya, para afrontar un futuro en que los países europeos conformen un bloque de la escala y nivel de los que actualmente más pesan en el mundo, porque sin cohesión cultural la integración de una Europa unida no llegará a ser viable.

La incorporación de un enfoque renovado –y antropológico– de lo cultural, como el comprendido en el concepto de *Patrimonio Inmaterial* o en las políticas, directrices y programas impulsados por la UNESCO que derivan fundamentalmente de sus declaraciones, ha llegado tarde al concierto de los planes y acciones de integración europea. Y no será demasiado efectivo si se reduce, como en ocasiones está pasando, a inventariar y difundir lo más decorativo, impactante o pintoresco. Pues ese cambio de tendencia tiene que constituir un verdadero giro antropológico en el tratamiento de la cultura, o no será nada. Como mucho, todo su despliegue nominativo e institucional entrará a formar parte del ya largo y conocido deterioro de conceptos relacionados con la cultura no dominante que acabaron en etiquetas viejas y marcadas por connotaciones negativas: folklore, cultura tradicional, tradiciones populares, patrimonio etnográfico (Prat 2009:267-295). Desgaste terminológico que no se resuelve con la reconversión exprés de quienes han cultivado esa industria del pintoresquismo en pretendidos antropólogos, sin formación académica alguna ni haber cambiado sus planteamientos sesgados y banales respecto a la cultura.

Por el contrario, ha de resultar crucial, de un lado, buscar el sustrato común de la cultura europea en sus expresiones culturales populares, ya que los discursos de las culturas nacionales sólo han ahondado hasta ahora las diferencias entre gentes o regiones. Y, de otro lado, se va haciendo necesario reivindicar –más allá de las sombras, que las hay, de la historia europea– lo que el pensamiento occidental ha aportado al diseño y avance de la humanidad en su conjunto.

3. EUROPA, LA DEMOCRACIA Y EL RUMBO ACTUAL DEL MUNDO

Quizá haya llegado el momento de dejar de flagelarse sobre lo que Europa –u Occidente– han hecho de malo contra otras culturas y reivindicar también (sin negar las barbaridades e injusticias cometidas por quienes gobernaban sus países) lo que la cultura europea en su conjunto ha aportado al relato de una “Humanidad” no limitada a una lengua y a un entorno, a una cosmovisión única, que –si lo pensamos bien– ha sido y sigue siendo mucho. Y no por ser “cultura europea”, sino por haber acertado a aunar desde ella lo mejor o más constructivo de las tradiciones culturales de los distintos continentes y orientarlas hacia un relato humano común.

Así ocurrió con la “invención” de la democracia y todo lo que ella ha traído consigo. Y, si es verdad que, como se ha hecho notar en debates recientes, la democracia está y ha estado –en realidad– en crisis prácticamente desde su nacimiento, también resulta cierto que su triunfo respecto a otras formas de gobernanza política parece en la actualidad considerable, a pesar de que –tras su aparente éxito global– el modelo amenace a menudo con “estarse resquebrajando” por dentro a causa de un creciente cuestionamiento del sistema representativo. Y es incontestable que, con demasiada frecuencia, los ciudadanos van no sintiéndose representados por la clase política; aquí, en Europa, donde la democracia arraigó para quedarse, y en tantos otros lugares del mundo por donde sus principios se diseminaron.

El momento presente puede resultar crítico para el futuro democrático, ya que –casi sin que se haya percibido– las recientes crisis de índole económica han supuesto un importante retroceso a nivel planetario respecto a libertades y derechos que parecían consolidados. Y ello nos enfrenta a un problema que supera aspectos coyunturales, como sería el declinar de las democracias liberales europeas: el modelo de mundo, el rumbo que tomará en las próximas décadas la humanidad.

Tanto o más que nunca, hay élites privilegiadas que van por delante en el diseño del mañana, muy conscientes de que para mantener sus privilegios –inimaginables para el resto de mortales– han de propiciar un aumento progresivo de las diferencias entre ellos y todos los demás. Integran la “crema y nata” internacional quienes –para que lo entendamos– ven como pobres arribistas a todos aquellos que creen haber ascendido a lo más alto porque se alojan cuando pueden en “hoteles de lujo”. Y es que hace tiempo que –por poner un ejemplo– la verdadera élite sólo reside ya en sus mansiones o en las de sus amigos. No se mezclan con “la plebe”, apenas descienden a la calle. Y, sin embargo, dirigen el mundo tomando las decisiones más esenciales en opacas esferas de poder a donde la democracia jamás llega.

Ha ido calando por tanto la idea de que las decisiones más importantes, los resortes últimos del poder y las verdaderas claves de lo que ocurre a cada momento en el mundo están en otro lado; la idea de que esas decisiones se toman por élites y en ámbitos que quedan al margen de todo control.

Si ello fuera así, o estuviera empezando a serlo –aun en pequeña medida–, habría de asumirse no tanto que ya no quepa plantear los conflictos en términos de la recurrente “lucha de clases” del pasado siglo, como que la “batalla final” se está jugando de otra manera. Que son unas élites no sólo cada vez más transnacionales –lo que hace ya tiempo que vienen siendo y en cierto modo siempre tendieron a ser–, sino que ya nada más piensan y actúan globalmente, quienes deciden, con sus asesores y gurús, el tipo del mundo del mañana y las transformaciones que han de darse para llegar a él. La brecha entre grupos hegemónicos y clases dominadas, pues, lejos de desaparecer no habría hecho más que ahondarse y amenazaría, si no tomamos cabal conciencia de esto, con seguir haciéndolo en el futuro.

4. UTOPIÁS Y DISTOPÍAS: ENTRE DELIRIOS DEL FUTURO Y ESPECTROS DEL AYER

Una de las realidades más sorprendentes de la época de *hipermodernidad* que vivimos es el contraste entre lo arcaico y lo futurista, entre quienes han entrado –o han creído entrar– en un mundo que todavía no es y los que todavía no salieron de otro que tiene más que ver con el siglo XIX que con el XXI. Se trata de una etapa llena de paradojas en que “el hecho del desligamiento de tradiciones y de sus guardianes habría de forzar lo que Giddens denomina *Democracia del Diálogo*” (Moreno 2002:135), pero en la cual falta el tiempo y la constancia para dialogar.

Todo lo cual debería de hacernos reflexionar sobre lo cercanos que resultan ciertos relatos sobre los orígenes y el fin: lo que implica ocuparse tanto de las narrativas (e indagaciones) acerca de los principios de lo humano como de su futuro o –incluso– de un hipotético desenlace apocalíptico. Es llamativo, por ejemplo, que las tramas argumentales de las personalidades más relevantes de la astrofísica a propósito de los programas científicos que se proponen objetivos como la “colonización” de Marte, tengan por igual de una cosa como de otra: de génesis y apocalipsis. Y que nos hablen –por ejemplo– de instintos tan primitivos como la necesidad humana de explorar, de adelantarnos a “pueblos” de supuestos alienígenas que puedan invadirnos, y de la urgencia de dejar la tierra para no perecer con ella. Alfa y Omega. Principio y fin. Una mezcla de viejos mitos paganos con otros cristianos.

Narrativas añejas, de cualquier modo, con resonancias arcaizantes: la vetusta convicción de que otros seres más evolucionados que nosotros –y no necesariamente divinos– vendrán a someternos o hacernos desaparecer si no nos damos más prisa que ellos. O sea, sigue imperando en todos estos relatos la lógica de la guerra, de la desconfianza a lo desconocido. Cabría esperar que, si esos otros seres son más avanzados que nosotros, quizá hayan superado estas aspiraciones de dominación; y quieran mejorar el mundo o colaborar en encontrar una salida ante las profetizadas destrucciones galácticas de la tierra y otros planetas.

Pero ¿por qué ir a Marte a toda costa entonces si la desaparición de la tierra como la conocemos no parece que vaya a ser tan urgente ni las invasiones por parte de seres de otra galaxia tan probables? Quizá porque se piense que quien domina el cielo, como los antiguos dioses, domina la tierra. O que quienes –en su defecto– lleguen a controlar un pedacito de universo dominarán nuestro planeta: ése –y no otro– fue el mensaje de americanos y soviéticos cuando se lanzaron a la denominada “carrera espacial”.

De otra parte, los avances tecnológicos que se anuncian nos hablan de hologramas iguales a nosotros con los que podremos conservar una memoria de nuestras vidas y una existencia casi eterna, de robots que se nos parecerán cada vez más y hasta puede que nos superen... De “transhumanos”, de revoluciones tecnológicas que afectarán irreversiblemente el devenir de la especie. Y hay científicos que saludan este horizonte ignoto desde un convencido entusiasmo:

La tecnología es lo que nos ha hecho humanos y lo que nos terminará de hacer humanos. Dentro de centenares de años habrá humanos iguales genéticamente que coexistirán con otros seres metálicos de plástico o plasma que también tendrán conciencia (Carbonell 2016).

Antes de que esto ocurra ¿no sería lo sensato bajar del carril por el que vamos viajando cada vez más acelerados y hacer un alto en el camino? Pararnos a pensar adónde vamos, como ya aconsejaba Paul Virilio (2005), y no jugar con el destino del mundo donde vivimos poniéndolo al servicio de delirios futuristas: es decir, reflexionar sobre si en verdad está tan claro que fue el ansia de expandirnos y de dominar todo lo dominable lo que nos hizo prosperar como especie. Pues, en esa espiral de los hombres condenados a agotar los recursos de su entorno, ¿no será más urgente que ir a Marte el aprender del pasado y ser más cuidadosos con la conservación de la tierra o con los demás seres vivos y trazar un futuro no basado en la guerra, el sometimiento o dominio de *lo otro*, sino en el conocimiento de lo que nos rodea?

Leyendo a algunos iluminados del presente, parecería que el humano se está convirtiendo en una prótesis de las computadoras más que al revés. Y que acabará pensando y expresándose en un número limitado de caracteres, robotizándose. Porque —como ya hemos apuntado— sí que parece posible la deshumanización si perdemos la auténtica escala de lo humano.

Por otra parte, resulta bastante habitual que, entre algunos filósofos y analistas de la contemporaneidad, se argumente que el concepto de lo *universal* que habría “llevado a la cultura europea a su desarrollo” y más altas cotas se encuentra hace tiempo en decadencia (Jullien 2017:29). Y —como sucede con ciertos teólogos y las más altas jerarquías de la Iglesia Católica en más de un caso— tales intelectuales culpen al “maldito relativismo” que, según ellos, disciplinas de “pensamiento débil” como la antropología contribuirían a implantar. De ahí que este nuevo declive de Occidente venga ocurriendo de forma casi fatal.

Para no continuar abundando en este error, convendría distinguir entre *cultura europea* y *pensamiento occidental*. Así entenderíamos —precisamente— que de lo *común e identitario* del primer planteamiento o nivel (el de la cultura europea) pasamos, en el segundo, a un esfera que, si no es la de *lo universal*, al menos lo pretende; y, lo que tiene consecuencias más importantes, precisar qué hay en el pensamiento identificado como “occidental” —aun admitiendo que éste consista en parte en un acervo inicialmente europeo proyectado al resto del mundo— que merezca ser tenido y valorado en cuanto a *universal*.

Porque, más allá de estas diatribas no muy fecundas a las que quienes, adoleciendo de un occidentalismo bastante naif dedicaron denodados esfuerzos, existe un problema real —que no ha sido creado por la antropología, ya que esta nunca ha sido tan influyente—. Y la raíz del mismo está en que, hace tiempo —prácticamente durante el último siglo y medio— ese mismo pensamiento universalista generado desde Occidente parece haber renunciado a su influyente papel en lo que sería el proyecto ideal de una humanidad en curso y mejorable.

Por supuesto que a ello no ha sido del todo ajeno el haberse comprendido al fin, gracias a un comedido pero no intranscendente influjo de la antropología —entre muchas razones, como un conocimiento cada vez más directo y global de otras culturas—, que no se puede seguir filosofando universalidades para el resto de la humanidad desde un pequeño país de Europa, a partir de lo que hacen y piensan los buenos burgueses de nuestro barrio. Hay que abrirse, sí, “a la razón de los demás”, sin tener por ello que renunciar, como Alain Finkielkraut temía que habría de ocurrir, a que los demás se abran a lo que “la razón”

aporta de valioso para mejor recorrer la senda de conocimiento y perfección de lo humano (Finkielkraut 1988:61).

Imponer una cultura sobre otras sin más no es ya posible, pero es que nunca debió ser lo más deseable si lo que se quería era construir una identidad humana universal. En esa identidad tienen que colaborar y confluir aportaciones de distintas tradiciones culturales –no sólo de la europea–, pero no cabe duda de que la tradición de pensamiento occidental hizo, ya desde los filósofos griegos y después los pensadores latinos, una aportación más difícilmente aplicable a otras: la noción de *humanitas*, ese mismo intento de pensar desde y para toda la humanidad, aunque –con frecuencia y sin suficientes motivos– las élites de Occidente se arrogaran el derecho a hablar y decidir en nombre de ella. Y esto sin conocer suficientemente otras maneras de pensar y concebir lo humano, sin escuchar otras voces de las demás culturas, más bien amortiguándolas, instrumentalizándolas, enmudeciéndolas. Esa visión helénica de la *humanidad* resultaba, empero, y justo es decirlo hoy, abrumadoramente *androcéntrica*.

No obstante, como ya otros autores han señalado, mucho debe la corriente de pensamiento humanístico en general a las aportaciones de griegos (para pensar universalmente), de romanos (en lo que toca a un ordenamiento jurídico único y válido para amplias extensiones de la tierra y diferentes culturas); a lo judío, o mejor semítico –a través del cristianismo– (en lo que atañe a una religión de salvación de todos los hombres y no sólo los de una etnia). Es decir, a esa extraña mezcla a la que nos hemos acostumbrado, y a la que hemos bautizado con una denominación que tiene algo de engendro: la *tradición judeocristiana*. Pues permítasenos una breve acotación sobre esto último. La religión judía sí puede considerarse etnicista, pero el cristianismo –muy influido por el helenismo y las religiones místicas propias de éste como mostró Alfred Loisy (1990 [1933])– la universalizó, desde el mero instante en que extendió la salvación reservada al “pueblo elegido” a todos los hombres. No olvidemos que el evangelio y la biblia se transmiten a partir de entonces en griego y latín al orbe entero.

Y una acotación más respecto a las aportaciones que se deberían a griegos y romanos. Tales legados no deben entenderse como construcciones derivadas de una cultura sólo griega o sólo romana, pues en la configuración de la una y otra pesan e influyen –como ya se apuntó anteriormente– todas las tradiciones culturales que convergen en el Mediterráneo. Y, muy en especial, para lo que atañe a la mitología y ritos, pero en definitiva también para el pensamiento griego, habrían influido las corrientes culturales filtradas hacia *La Hélade* desde Asia Menor; del mismo modo que, para el caso de Roma, habrían pesado e incidido en lo jurídico y político tradiciones culturales como la del Egipto helénico y ptolemaico, sumadas a todas las incidencias posibles de los pueblos arracimados en lo que hoy es Próximo y Medio Oriente o Norte de África.

Hablamos entonces, más que de culturas híbridas en el sentido del término acuñado por Néstor García Canclini (1990), de hibridez humana o en lo humano. ¿Cuándo las culturas no lo han sido? Y hablamos de la hibridez que conduce o debería conducir a lo universal. Porque la hibridez es más real y consecuente con nuestra condición de humanos que unas culturas puras o auténticas, mejores o superiores a otras. Sin embargo, en los momentos actuales se echa en falta una adecuación de lo que ya sabemos y hemos podido aprender de los errores del pasado respecto al futuro que se afronta, que habrá que afrontar.

Un intelectual europeo como Stefan Zweig se suicidó pensando que la Europa en la que él creía y a la que había evocado magistralmente en su obra *El mundo de ayer* (Zweig 2002) –la Europa engendradora de un humanismo con vocación universal– se estaba destruyendo en la Segunda Guerra Mundial a sí misma. Luego el riesgo existe.

5. LAS SOMBRAS DEL COLONIALISMO VERSUS EL LEGADO DE UN `HUMANISMO UNIVERSAL´

Y es por ello que, ante la *globalidad* –o generalización de inventos tecnológicos tendentes a globalizarlo todo– y la *globalización* –el fenómeno y proceso por el que ello ocurre–, que son hechos ineludibles, parece indispensable establecer proyectos y medidas de validez internacional consecuentes (Beck 2001). Que la universalidad acompañe, regule y modere la globalidad, que el *universal-humano* sea el proyecto que estructure y propicie una mejora general de la humanidad en los próximos lustros.

En este sentido, el pasado no sólo nos instruye a través de los errores que como humanos pudimos cometer: también nos muestra ciertos logros. Así, Roma enseñó en su ligazón de lo *común* de la ciudad con lo *universal* del Imperio un camino para universalizar y universalizarse, el de la ley. “Por la vía del derecho lo universal sale de la filosofía y de su ropaje lógico para definir una unidad de estatuto y condición” (Jullien 2017:34).

Desde Roma, y siguiendo su ejemplo, pero también valiéndose de su maquinaria global de difusión, el cristianismo quiso convertirse en universal. No lo consiguió. No puede conseguirse. Y el Islam, tras sus pasos en la vertiente más invasora y dura, tampoco. Pero una ley, unas leyes universales, una justicia internacional también universal, sigue siendo posible y –seguramente– más que conveniente. Necesaria para frenar –entre otras cosas– los excesos y abusos de un globalismo desbocado.

El cristianismo –instaurando un tiempo que se inicia y termina con Cristo– pretendió poco menos que abolir la historia; sin embargo no trajo nunca el reino nuevo de paz universal bajo una misma fe que había prometido. Si alguna vez hay paz y ley universales será con varias fes y muchas culturas. Ese será el resultado de una humanidad que no haya exterminado lo diverso, sino que se haya construido sobre esa misma diversidad; y en este sentido sí que la antropología –al fin y al cabo una postrera filosofía también originada en Europa– puede enseñarnos mucho: dejar de ver al otro como enemigo, aprender sobre nosotros mismos desde el conocimiento de lo diferente. Hay quien piensa que “esa pretensión de parte de Occidente a lo universal ya no es sostenible” (Jullien 2017:37).

En realidad nunca lo fue. Y se distingue por parte de algunos entre lo que Occidente tendría de noción ideológica y Europa de noción geográfica e histórica, pero en realidad –y a los efectos– da casi igual.

Ni como lo uno ni como lo otro tal pretensión universalista sería hoy –en efecto– del todo sostenible, ni como cultura ni como civilización; pero *Occidente*, como una manera global de entender lo universal, no puede tampoco renunciar ni volver la espalda al papel *universalizante* que ha jugado en la historia y, como consecuencia, el que más probablemente ha de desempeñar en el mañana. Y ¿qué papel será ése?

El de reivindicación de lo que todavía tiene la civilización occidental como portadora de valores universales. Sin ir más lejos, no habría *Declaración Universal de Derechos Humanos* si la línea de pensamiento que ha informado el desarrollo y expansión occidentales a partir de Europa no hubiera existido; si no hubiera arrancado una vez ese relato, informado por una noción global de “Humanidad” desde las culturas originadas en unas perdidas islas de marineros y pescadores del Egeo de mente inquieta –con sus cabezas llenas de aventuras y sueños por cumplir–, pletóricos de contactos en cada puerto de todo el mundo hasta entonces conocido.

Unos insignificantes “terricolas” que descubrieron la belleza del cuerpo humano en su desnudez, las potencialidades del pensamiento: que hicieron descender a los dioses a su estatura y los adornaron con sus propias virtudes y vicios. E inventaron la dignidad de la persona y sus derechos.

El intento de helenizar, romanizar o cristianizar el mundo no era factible –aunque casi parecía que iba a lograrse en algunas épocas históricas–, pero el diseño de universalización basado en una idea de lo humano y en una ley que defendiera y protegiera en cualquier lugar o cultura sus derechos era correcto. Pues ¿Qué es lo que falla? ¿Qué está fallando? El “relato” desde la cultura o culturas. Un relato asumible de Europa y no solo la UE como futuro y en el futuro.

Siguen estando sin resolver asuntos como el de la gestión y fomento de los aspectos culturales comunes, que es como decir de la cultura en su dimensión antropológica. Y en esto quizá haya que volver al principio o empezar de nuevo. Ya que parece que la famosa frase citada al principio –y atribuida a Jean Monnet– quizá deberíamos hacerla nuestra: "Si tuviéramos que comenzar ahora la construcción de Europa la iniciaríamos por la cultura".

En cualquier caso, la aceptación por muchos de la verdad que esta frase nunca dicha esconde, sí constituye el reconocimiento de una necesaria rectificación por parte de los artífices de la UE respecto a lo que quizá deberían haber sido las prioridades de ese proceso de integración de los distintos países y legislaciones. Se pensó que con un nuevo marco comercial y económico (la UE) se resolverían las viejas rencillas y guerras. Que la cohesión y unidad en todo lo demás vendría por añadidura. Y no ha sido así.

Es un proyecto el de la UE, no obstante, que –a menudo– ha sido definido como “de éxito”, en razón de los logros económicos y alto nivel de vida que habría traído para la mayoría de las naciones que se sumaban al mismo, pero cuyos efectos menos amables también se dejaron sentir cuando, en los bordes más vulnerables de la “zona Euro”, naciones enteras tuvieron que ser urgentemente reconvenidas por su derroche y, a la postre, rescatadas desde sus sistemas financieros.

Era la necesidad de responder a la crisis económica de hace ahora 10 años que se había iniciado en USA, aunque merced a la globalización de la economía se extendiera con gran rapidez –y terribles consecuencias, que aún sufrimos– en nuestro entorno. Tal derrumbe puso de manifiesto entre nosotros problemas y carencias diferentes a los que reveló la crisis de las hipotecas *subprime* e importantes compañías inversoras en América.

En Europa, lo que se echó en falta fue una solidaridad real entre países ricos y no tan ricos, entre los fundadores y los que llegaron luego, entre el Norte y el Sur, el Oeste

y el Este. Ya que sin ilusión y certidumbre en el mañana resulta difícil edificar un modelo en común a partir de nacionalidades distintas. Entre otras cosas, porque habría que reconocerse –también– en un pasado y sobre esto se ha profundizado demasiado poco; es más, se ha actuado como si la mirada hacia dentro de las realidades e historia de Europa nada más fuera a devolvernos errores y, más allá de los ecos devastadores de la última guerra, los europeos no pudiéramos encontrar mucho que compartir.

Por ello se sigue observando a las culturas en sus aspectos locales y regionales a modo de espejos problemáticos que nos separan. Parece que da miedo, así, referirse a una identidad europea y buscar en ella lo que nos una en vez de enfrentarnos. Y, sin embargo, Europa es más necesaria que nunca en el concierto mundial: por sus valores, su historia y sus legados. Lo que ha aportado y ha de seguir aportando no es solo un ejemplo cada vez más envidiado de bienestar: es el estado de derecho, la democracia, un relato de humanidad en progreso.

Muy lamentable se nos presenta, pues, el aparente desinterés o falta de miras de nuestros líderes políticos al no tratar cuestiones esenciales en la configuración del futuro y que se hallan estrechamente ligadas entre sí. No puede existir proyecto europeo sin la consciencia de una cultura europea; ni se construirá el único porvenir de auténtico desarrollo al que nuestro continente podría aspirar sin que Europa continúe siendo el pensamiento reflexivo del mundo, sin que dedique sus mayores esfuerzos a los avances científicos que –de verdad– hagan mejor la vida en el planeta. Y no habrá, por último, futuro sostenible y de mejora para países como el nuestro sin Europa.

De ahí que cause tristeza el hecho de que en nuestra sociedad se sepa tan poco de las instituciones o legislación europeas y, con frecuencia, se perciba lo que atañe a ellas como si constituyera una realidad ajena a nosotros. Todo esfuerzo para subsanar semejante déficit resultará escaso, de forma que debemos sentirnos obligados a hacer lo que esté en nuestra mano para remediarlo.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Beck, Ulrich, (2001), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona: Paidós.
- Benoist, Alain de, (2015). *Europa- Tercer Mundo*, Ediciones Fides: Tarragona.
- Carbonell, Eduard, (2016), “En centenares de años habrá humanos iguales genéticamente que otros seres de plástico”, *eldiario.es*, 13/10/2016.
- Finkelkraut, Alain, (1988), *La derrota del pensamiento*, Barcelona: Anagrama.
- García Canclini, Néstor, (2001), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Barcelona: Paidós.
- Gramsci, Antonio, (1988), *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, Madrid: Siglo XXI.
- Jullien, François, (2017), *La identidad cultural no existe*, Barcelona: Taurus.
- Loisy, Alfred, (1990) [1933], *Los misterios paganos y el misterio del cristianismo*, Barcelona: Paidós.
- Moreno, César, (2002), El futuro como propaganda. Sociedad post-tradicional, neo-futurismo y axiología, *Argumentos de Razón Técnica*, 5: 113-137.

- Monnet, Jean, (2008), *Los Estados Unidos de Europa han comenzado: La Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Discursos y alocuciones 1952-1954 (Raíces de Europa)*, Madrid: CEU San Pablo-Ediciones Encuentro.
- Prat, Joan, (1999), Folklore, cultura popular y patrimonio, *Arxius de Sociologia*, 3: 87-109.
- Virilio, Paul, (2005), *El ciber mundo. La política de lo peor*. Madrid: Cátedra.
- Zweig, Stefan, (2002), *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona: Acantilado.